

LOS SACRAMENTOS DE LA HUMANIDAD DE CRISTO

Un acercamiento a la vida sacramental

FR. JUAN CARLOS PLASCENCIA ALDRETE, OFM.

En no pocas ocasiones, como cristianos, no comprendemos de una manera más amplia y completa sobre el por qué y la práctica de los sacramentos, de manera que esta ignorancia nos lleva muchas veces a despreciar, por así decirlo, tales dones. No pretendo culpar a nadie, pero tanto es responsabilidad de los mismos cristianos, que no pertenecen a la jerarquía, como a la misma jerarquía, de manera que no se ha accedido de una manera adecuada a la formación de los creyentes y a su vez, el poco interés de los creyentes al respecto. Esta falta de formación crea muchas carencias en la vida de fe, pues no se ama lo que no se conoce y para amar, dichos sacramentos, debemos de conocerlos aunque sea de una manera general. De ahí que, ya la práctica sacramentaria en la Iglesia no será un funcionalismo sacramental, por miedo a perder algo, sino más bien, porque es el mismo Dios el que se nos da por medio de ellos, los cuales, traen consigo la verdadera libertad de los hijos de Dios. Si en ellos se posee dicho bien, los creyentes entonces debemos acceder por tales bienes. No como un mero compromiso cumplidor de la norma, sino de aquello que me permite un encuentro personal, auténtico y verdadero con el Dios de la vida, Jesucristo, Señor nuestro. Vale la pena acceder, pues no se arrepienten aquellos que lo poseen.

Espero que estas palabras puedan ampliar el conocimiento sobre el tema, al que nos referimos y pueda en nosotros permitir acceder de una mejor manera a esta dimensión de lo sagrado, pues trataremos de abordarlo primeramente en una visión antropológica, propuesta por el autor que he tomado, para después abordar a grandes rasgos este proceso de desarrollo de los sacramentos en la vida del pueblo de Israel y así poder concretizarnos en la perspectiva de Cristo, sacramento máximo del Padre para los que le aman desde una perspectiva franciscana.

1. EL SACRAMENTALISMO DEL HOMBRE PRIMITIVO

Las llamadas de Dios al hombre primitivo pueden ser imprecisas y ambiguas, pero al mismo tiempo vigorosas. Puede ser, que alguna vez, la hierofanía¹ le conduzca a un conocimiento mas personal de Dios; pero, de ordinario, no le hará sino sospechar y barruntar la real existencia del Ser Supremo, como algo que supera los límites de la criatura.

El hombre religioso capta muchas sugerencias de lo trascendente ante el universo. Todo el cuerpo de la creación es como una inmensa arpa que en diferentes tonalidades nos descubre la realidad de Dios. En esa actitud, el hombre es capaz de responder a Dios. Se siente la llamada de lo superior, en su intimidad escucha algo que le sugiere la presencia de lo sagrado. Ciertas realidades se le presentan con la fascinación de una teofanía. En esa actitud, el hombre es capaz de responder a Dios. Su respuesta supone una apertura a lo Eterno, lo Insuperable, lo Magnífico. Muchas veces todo ello estará mezclado y confuso con errores morales y doctrinales, pero el hombre que actúa con esa intención abierto a Dios y a lo sagrado, siempre descubrirá a su Señor.

El cristianismo occidental se halla situado dentro de una civilización que durante siglos ha combatido el sentimiento frente a la razón, dentro de una cultura muy dada al conceptualismo racionalista. El cristianismo occidental, a veces, ha tenido el falso juicio de que su religión, con sus sacramentos, es un hecho positivo y absolutamente original del querer de Dios; un sí porque sí y no más. Eso es inauténtico. Quien mira los sacramentales como una estructura totalmente original, se equivoca. La economía de los signos cristianos, admitida su vinculación a la revelación, es algo que se conecta radicalmente con el ser encarnacionalista del hombre religioso.

Si examinamos, por ejemplo, el substrato material del bautismo en el elemento agua, descubrimos que tiene un potencial natural de purificación y de regeneración de la madre tierra, según la expresión religiosa primitiva. Sólo los pueblo mas empobrecidos en vivencias naturales, como los modernos, han perdido la sensibilidad de aceptación del poder

¹ *Hierofanía* es la manifestación de lo sagrado, de lo trascendente.

hierofánico del agua, del vino, de la tierra, etc. Así, pues, los sacramentos cristianos obedecen a una vivencia hierofánica antigua, aunque luego influenciados de una específica eficacia salvadora de Cristo.

Al estudiar la teología sacramentaria veremos la profunda significación teofánica de los elementos materiales de los ritos cristianos. Por ahora, nos basta denunciar, como postura equivocada el creer que el mundo sacramental ha sido producto arbitrario de la revelación cristiana que actúa obedeciendo a las leyes que El mismo incrustó en el mundo religioso del hombre. Por eso, se sirve siempre de elementos naturales para manifestar y transmitir lo superior.

2. EL CULTO

El hombre religioso se acerca a Dios más por la experiencia que por lo conceptual. Ante lo *tremendum*, Dios se manifiesta más por el respeto, el temor y el arrobamiento, que por la pura información metafísica. El hombre religioso es aquel que siente y palpa la trascendencia, pero sin poder explicarla. La contemplación siempre es superior a la reflexión. La divinidad es inabordable en su amplitud, por ello, ella es más accesible por vía de la experiencia y de la intuición, que por el trabajo conceptual.

El hombre religioso detecta momentos de proximidad más intensa de Dios, ese momento constituye el tiempo sagrado cultural, compuesto de acciones, gestos, actitudes y lugares específicos. El culto es una actualización de los momentos místicos. El que participa en el culto se inserta en un momento anterior al tiempo sucesorio. La deidad y la comunidad se encuentran mutuamente, viven un eternamente presente.

2.1 *El marco del culto*

El culto se desarrolla dentro de un marco concreto y vivencial, además de temporal y espacioso. El acontecimiento sagrado, en que la comunidad trata de ligarse con Dios, se efectúa en el marco del lugar, que comprende ante todo el ara, el templo. Al altar no es sino una realidad cósmica convertida en hierofanía. Dios se descubre en ese espacio; en él

comunica su vida y sus fuerzas. Junto al espacio sagrado se presenta el tiempo sagrado, que es fiesta. El que participa en el culto tiene la firme convicción de vivir en la eternidad, el *presente* mismo de Dios. Así se entra en una perennidad trascendente, y se tiene la experiencia de una comunión íntima con Dios, que en los momentos ordinarios de la vida, también se hace presente.

2.2 *La religión como santificación*

El hombre religioso puede ser abierto a la trascendencia. Esa misma apertura le obliga a entregarse horizontalmente en su vida al prójimo y al mundo cósmico. Las cosas se le presentan como evocaciones y como referencia de algo superior. Desde su sustrato religioso, su postura está inevitablemente abierta a lo alto, a lo trascendente.

Por otra parte, la referencia del *homo religious* hacia los elementos cósmicos, a quienes venera, no debe entenderse como una adoración de los mismos. La experiencia de la vida para él es sagrada y santa. Su existencia no tiene escapes hacia lo sagrado, como en el hombre excesivamente desacralizado, sino que, más bien, vive inmerso en una actitud personal donde lo sagrado le circunda constantemente.

2.3 *El tiempo sagrado*

El tiempo sagrado es, igualmente, un espacio *duracional* cargado de *presencia hierofánica*. El tiempo ordinario es roto por ciertos paréntesis fuertes, en el que el paso de nuestro suceder ordinario al presente de la deidad se hace posible. La fiesta actualiza el tiempo mítico, el acontecimiento extraordinario aquel sucedido primigeniamente, cuando el tiempo aún no era sucesorio. En la fiesta se presencializa el mito y se vive en él. Pero para insertarse en ese presente es preciso salir de la caducidad y de la reversibilidad de las cosas. El tiempo mítico no se agota porque es eterno, el hombre es quien cambia. Las fiestas nos trasportan al tiempo eterno, a lo primordial de los días. El *homo religiosus* intuye en la fiesta sagrada su ruptura con el devenir pasajero y su entrada en el hoy inmutable y fuerte de Dios. En la fiesta, la acción de la trascendencia se hace más poderosa, pues el hombre, saliendo de su profanidad, entra en la mis-

ma duración activa de Dios. El hombre experimenta el renacer, se regenera viviendo el tiempo primordial. En la fiesta, a la manifestación divina acompaña la alegría.

2.4 *El símbolo*

El símbolo es una realidad transparente. Su existencia siempre conduce a la *otredad* oculta y eficaz, que llega a su punto máximo al confundirse con la misma divinidad. El espíritu puede ser aprehendido en la corporeidad de un objeto, cargado de fuerza simbólica. En el cuerpo humano, por ejemplo, el rostro tiene gran potencia simbólica, pues puede llegar a traducir o manifestar los estados internos de alma. La materia resulta la puerta de entrada del espíritu, en este sentido. La unión anímico-corporal actúa en un mundo rico de realidades transparentes.

Lo corpóreo está para evocar y traslucir desnudamente lo interno a través del gesto, la palabra, la mirada o el silencio. Por eso, el poder del símbolo es superior al concepto. Los valores espirituales son, frecuentemente, mejor comprendidos y aceptados por vía simbólico-intuitivo que por vía reflexiva. La razón, el argumento, no nos comunica la vivencia de una experiencia, que es irreductible a cálculos mentales. El símbolo abre a uno al cálculo de lo inmenso, de lo nostálgico o intuitivo del mundo, que está más allá del mero concepto. Las hierofanías y todo el mundo simbólico se mueven en el espacio de la seducción y de la evocación. El símbolo no define, no delimita ni arguye, sino que evoca, sugiere, experimenta. La intuición siempre es más poderosa que la reflexión ya que la palabra no alcanza todo; el símbolo llega más allá, llega hasta lo indescifrable e indescrutable.

2.5 *Los ritos*

El rito por ser acción a traducir en suceso la base ideal del mito, como realidad presente y trascendente, que manifiesta de fondo la verdad, nos permite tocar aquello que es intocable. Lo mítico suele, de ordinario, manifestarse en la ejecución del rito. Todo hombre pretende ponerse en contacto con el suceso primordial por la acción; por eso se intenta

imitar y actualizar lo primigenio y eterno en el rito actual². El rito, en su ambientación sagrada, no significa una acción de signo utilitario, aunque el hecho en sí comporte algún beneficio al hombre. Su finalidad es imitar el mito como suceso intemporal y genuino de la creación. El espacio temporal en que se ejecuta el rito es la fiesta, es decir, el momento sagrado en que el hombre entra en la intemporalidad del mismo mito. Esto se realizó una vez y para siempre en los orígenes del mundo³. El rito, en el marco de la fiesta, supera el devenir y se coloca en la perennidad mítica. La acción sagrada expresa las relaciones del hombre con la trascendencia. A través del rito se trasparenta una comunión, una relación a lo ulterior desconocido.

2.6 *Las fiestas*

Lo mismo que el Templo o el arca religaban al hebreo con Yahvé, también la fiesta le introducía en un ambiente sabático, en el gran tiempo de Yahvé. En la fiesta, el judío se entregaba a ciertas prácticas religiosas, como las purificaciones, las consagraciones, la ofrenda de sacrificios (cf. Ex 27, 17). La fiesta, frecuentemente se refería a acontecimientos o hechos de la vida de Israel (cf. Lev 23, 41), y especialmente al suceso central del paso del Mar Rojo. Otras fiestas estaban relacionadas con los frutos de la cosecha o de la vendimia, y con la ofrenda de las primicias de animales en primavera. Están también entre ellas:

- La Pascua
- La fiesta de las mieses
- La fiesta de la recolección
- El día de la expiación
- El sábado

² El cristianismo aprovechará el potencial de los ritos en gran parte. “El misterio cristiano encontrará, a su vez, una expresión en los ritos. Tomará y refundirá por segunda vez ese material arcaico de ritos naturales, que ya el judaísmo había purificado y transfigurado.

³ El rito no llega a ser un verdadero acto de culto sino en el interior de la religión y a su servicio. En sí mismo, es como una técnica en él de la religión, una práctica, que se puede comparar a las artes de la técnica moderna.

Al igual que las fiestas estaban también presentes los ritos, como:

- Los ritos de la purificación
- La consagración
- Los votos
- El nazireo
- La circuncisión

Podemos decir que la Antigua Alianza fue una *teofanía* del Dios trascendente, manifestado en persona humana, al llegar la plenitud de los tiempos⁴. La teofanía del Dios de Israel era una respuesta al ansia del hombre pecador que no puede contemplarle, después de su caída⁵. Dios habla y actúa a través de la historia de los acontecimientos de su pueblo. Israel es la promesa inmediata, la teofanía preparatoria de la manifestación cumbre y más inmediata de Dios a los hombres, es decir, de Cristo. La fundación de Israel es descubrir y comunicar a Cristo a los hombres, sacramento cumbre y primero del Padre. Jerusalén es la ciudad del reino sacerdotal, es el centro del culto que cristalizó todas las esperanzas salvadoras de la humanidad.

3. EL ENCUENTRO TEOFÁNICO EN CRISTO

El sacramento de Israel desemboca, como ya hemos afirmado, en la plenitud de Cristo, Hijo del Padre. Dios se manifiesta en la realidad humana del Hijo. En Él se traduce la voluntad salvífica que el Padre tenía respecto a los hombres. Cristo se convierte a nivel de su carne en sacramento primordial del Padre. Los misterios de la carne de Cristo son los medios de la revelación amorosa de Dios al hombre. El sacramentalismo como significación y gracia cumple su primer gran cometido en Cristo. Este en su humanidad, no es sino expresión visible de Dios. Su visibilidad salvífica es epifanía de la gracia en el mundo.

⁴ Las *teofanías* son momentos de salud para los hebreos. Las teofanías bíblicas anuncian la venida de un Dios que va a salvar a los hombres sin que nadie pueda pararle u oponerse.

⁵ El perdón constituye una auténtica *teofanía* de Dios, a través de él Yahvé revela el fondo de su naturaleza.

En los sacramentos cristianos los ritos sensibles y la corporeidad son medio de un encuentro actual y eficaz mediante Cristo con el Padre. También en el sacramento de Cristo hallamos un medio más eficaz de unión y salud sobrenatural, pues su Persona es traducción externa y entrega del Dios invisible. A la humanidad de Cristo se la debe considerar como el vehículo más apto del encuentro divino para el hombre. Israel ha preparado y anunciado este gran signo de gracia y salud.

3.1 Pentecostés, don sacramental de la Iglesia

El Padre ha elevado al Hijo a la Suma Gloria (Sal 110) y, al mismo tiempo, ha derramado la virtud salvífica de su Persona a la Iglesia. La venida del Espíritu, enviado por el Hijo, supone nuestra integración definitiva en la justicia ganada por Cristo. “Cuando venga el abogado, que Yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de Verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de Mí” (Jn 15, 26). Al *Kyrios* (Señor) elevado a la gloria y sentado mesiánicamente a la derecha del Padre, sucede el Espíritu Santo.

El Espíritu es el don que Cristo envía a su esposa, la Iglesia, como dote sacramental. Pero ese don es sacramento en cuanto es signo de virtud santificadora⁶. La dinámica de la gracia de los sacramentos eclesiales es acción del Espíritu y resultado del Pentecostés eclesial. El Espíritu es enviado una vez que el Hijo ha recibido el triunfo de su obra y ha empezado a derramar su justicia en la Iglesia, espacialmente por los sacramentos. Así, en el Espíritu, el hombre se reviste de la nueva creatura, porque Cristo condiciona su gracia al don del Espíritu en su Iglesia. Pentecostés es la gracia de Cristo extendida a través de la historia de los hombres para llamarlos al mensaje y a la gracia del Dios encarnado en la fuerza del Espíritu. Él prolonga en el espacio del devenir histórico el milagro de la Resurrección en la mediación fundamental de los signos sacramentales.

Pentecostés significa el comienzo del mensaje de la salud en las naciones. La fuerza del Espíritu sopla por doquier y todos los hombres son para él llamados a la salud del *Kyrios* (Señor). La Iglesia, como mis-

⁶ La gracia en la Iglesia depende “solo de la voluntad del Espíritu Santo, que reparte sus dones como quiere”.

terio de salud entre los hombres, avanza en el Espíritu. Él la dirige hasta la escatología del definitivo encuentro con su Esposo y Señor. Pero, ya en el presente, vivimos de la escatología en la que el Espíritu trabaja y santifica, pues actuamos dentro de los valores pascuales que tienden a la futura perfección, hasta el momento en que la exclamación: *Marannatha* (Ven Señor Jesús. Ap 22, 20) sea realidad.

3.2 Los sacramentos, acontecimientos pascuales

Los actos sacramentales son configurados al Cristo pascual. El sujeto que los recibe reporta una muerte al viejo Adán, y a una resurrección a la gracia y al mundo de la salud del Cristo Señor. El poder pascual del Vencedor alcanza actualmente al cristiano en el ejercicio cultural de los sacramentos. Lo que en ellos se entrega es la misma gracia de la Resurrección.

Así pues, el triunfo del Señor Resucitado se perpetúa en los sacramentos. “pues sabemos que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere, la muerte no tiene dominio sobre Él. Porque muriendo, murió al pecado una vez para siempre; pero viviendo vive para Dios” (Rom 6, 10). El cristiano tiene ese poder admirable de actualizar el suceso pascual en su devenir circunstancial. Cualquier creyente puede emerger de su momento histórico y conectarse vivamente, por los sacramentos, con la virtud pascual del Cristo glorioso. El Bautismo, la Penitencia y la Eucaristía están influyendo en el paso del cristiano a la vida en Cristo. San Pablo presenta la Eucaristía como una posibilidad de volver al suceso pascual al decir: “Pues cuantas veces coméis y bebéis este cáliz, anunciáis la misma muerte del Señor, hasta que El venga” (1Cor 11, 26).

3.3 La parte de Cristo en la institución de los sacramentos

Es conocida en la teología sacramental la dificultad que comporta una explicación adecuada de la institución de los sacramentos por Cristo. Muchas son las opiniones y tentativas de explicación. Desde luego, es preciso partir siempre de la verdad dogmática de que Cristo es el único autor de los sacramentos. La esencia del sacramento se religa con la per-

sona protosacramental de Cristo y de la Iglesia, como *sacramentos* de Aquel en la historia de los hombres.

Se puede afirmar que la conciencia teológica de los siglos ha venido a un concepto más conforme con la realidad radical del Cristo-autor, a las posibilidades de cambio en materia y forma sacramental de parte de la Iglesia. El desarrollo de la conciencia teológica sacramental ha tenido muchas graduaciones. Podríamos comenzar desde la teología más irreal que conecta la realidad de Cristo con la misma forma exterior del rito y de la palabra, hasta la más auténtica y sustancial que atribuye a Cristo la institución del sacramento en líneas generales, pero con posibilidad ulterior para que la Iglesia, sacramento que sucede a Cristo, pueda oportunamente desarrollarlos siempre que salve la unión del sacramento con los que Cristo manifestó, realizó o sugirió. Vemos pues una evolución de los sacramentos actualmente, parece ser que se guía por esta línea.

4. LA IGLESIA, DISPENSADORA DE LOS SACRAMENTOS

La Iglesia posee la salud de Cristo como algo propio, y ella tiene la función dispensadora de la gracia sacramental entre los hombres. La relación entre Cristo-salud e Iglesia-salud es absoluta. La constitución conciliar *Lumen Gentium* declara con transparencia que la congregación de todos los creyentes que miran a Jesús como autor de la salvación y principio de la unidad y de la paz, es la iglesia convocada y constituida por Dios para que sea sacramento visible de esta unidad salutífera para todos y cada uno.

La iglesia otorga y administra los tesoros de la gracia en la comunidad de los creyentes. Lo que ella dispensa son las mismas acciones salvíficas de Cristo, de manera ministerial rica y visible. La administración de los sacramentos en el ministro está vinculada perentoriamente a la Iglesia. Tanto el que administra como el que recibe realiza un acto eclesial. El ministro se une por la intención a la acción radical de la Iglesia. Por esta intención su acto se conecta con el Cristo pascual en la mediación de la Iglesia. Ella es, realmente, la única dispensadora eficaz de la gracia sacramental. La Iglesia ha recibido mandato directo de Cristo para esta dispensación sacramental: “Todo poder me ha sido dado en el cielo y

en la tierra. Id, pues y haced a todos los pueblos discípulos míos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mt 28, 18-19).

Si se examina la Tradición, resalta con claridad la dimensión eclesial que cada uno de los sacramentos presenta en su contextura. Ya hemos visto cómo cada sacramento se conecta con la Iglesia, sacramento original, en cuanto derivación salvífica del Misterio de Cristo. Los sacramentos son actos máximos de la Esposa de Cristo, la Iglesia, y como derivación de su realidad histórica tiene una conexión con la gracia comunitaria. El Concilio Vaticano II, en su constitución *Lumen Gentium*, es consciente de esa verdad. Veamos:

4.1 Dimensión eclesial del Bautismo

El bautismo es el primer sacramento que nos inserta y vincula al misterio de la Iglesia. Por la fe y la acción del agua, Cristo une al hombre a la caridad y a la vida de su Esposa, le agrega a la sociedad de los regenerados. Según san Pedro Damiano, el bautismo es “el origen de todo sacramento eclesial”. La incorporación a la Iglesia es uno de los efectos principales de este sacramento. El creyente, por el agua, se convierte en sujeto de la misericordia de Dios, porque comienza a pertenecer a la comunidad de los elegidos. El bautizado se hace miembro del pueblo sacerdotal.

4.2 La virtud eclesial de la confirmación

El Espíritu Santo con su don carismático se apodera vigorosamente del cristiano en la confirmación. El Espíritu se comunica al inicio y se entrega como don del Esposo Resucitado. También este sacramento es una mejor participación en el culto. La recepción del Espíritu supone un estar en la Iglesia y un vivir de su vida. La confirmación fortalece la fe para dar un testimonio de Cristo y de la gracia eclesial en medio de los hombres. Lo que el cristiano traduce en una dinámica de gracias en el mundo, su proyección cristiana en las estructuras temporales, su don de gracia al hermano, su testimonio profético entre los hombres no es sino actuación de este gran sacramento.

4.3 Dimensión eclesial de la penitencia

Otro de los logros mejores de la teología sacramental moderna ha sido la de volver a descubrir la verdadera dimensión eclesial del sacramento de la penitencia. El pecador, en la nueva conciencia eclesial, aparece como desligado de la comunidad por el efecto aislador del pecado. Todo pecado es una ofensa a la unión y a la caridad de la Iglesia. Por la caída del cristiano se destruye la unidad interna, no sólo del mismo creyente, sino también de la asamblea. Se debilita y empobrece la fuerza de la fe de la comunidad, se interrumpe, en cierta medida, el don de la gracia en el cuerpo místico universal. El sacerdote lo recibe en nombre de la Iglesia de Cristo, que accede a su perdón, incorporándole a su amor y a su unión. Todo retorno al Padre se hace volviendo, al mismo tiempo, a la caridad de la Iglesia, y por tanto, permite al cristiano, que practica dicho sacramento, ingresar en la vida divina de la unión con aquel que es la propia vida del hombre: Dios.

4.4 Aspecto eclesial de la Eucaristía

Con la Eucaristía llegamos al sacramento eclesial por excelencia. En efecto, la Iglesia se construye y desarrolla por la fuerza del Esposo⁷. Tanto el sacrificio sacramental en que la cabeza se inmola, como la oblación a la que todo el cuerpo de los miembros se une a la cabeza, lo mismo que la participación en el banquete del Reino del Esposo, tiene una profunda referencia al Misterio de la Iglesia⁸.

La constitución *Lumen Gentium* declara: “Participando del sacrificio eucarístico, fuente y cima de toda la vida cristiana, ofrezcan a Dios la víctima divina y a sí mismos juntamente con ella; así, tanto por la obla-

⁷ Santo Tomás destaca su excelencia por la presencialización de la misma persona de Cristo. En ella, se contiene algo sagrado absoluto, a Cristo mismo, mientras que el agua del bautismo contiene algo relativo, la virtud de santificar, pero que comunica la vida divina. Por tanto, esto no quiere decir, que sea algo menor, más bien, se brinda en un contexto mejor.

⁸ La Iglesia para santo Tomás es “como un cuerpo organizado alrededor del sacramento mayor, que es la Eucaristía, hacia la cual se encamina y de la cual irradian los demás sacramentos.

ción como por la sagrada comunión, todos toman parte activa en la acción litúrgica, no confusamente sino cada uno según su condición. Pero una vez saciados con el cuerpo de Cristo en la asamblea sagrada manifiestan concretamente la unidad del pueblo de Dios aptamente significada y maravillosamente producida por este sacramento” (LG 11).

4.5 El sacramento del Orden en su dimensión eclesial

En este sacramento resalta su referencia eclesial, porque, como el matrimonio, es un sacramento esencialmente social, un signo otorgado en función de servicio a la comunidad cultural de Cristo. El sacramento del orden, manifiesta y personaliza la obra de Cristo en el cuerpo de la Iglesia de Dios. Los ministros del culto descubren y aportan a los creyentes los tesoros redentores que Cristo ganó por su Esposa. El Orden marca la visibilidad de la Iglesia, sacramento original. Los consagrados a Él con su unción serán ministros de la Palabra y del cuerpo del Señor en medio del pueblo sacerdotal cristiano. La Palabra de Dios, por ellos predicada sembrará en los oyentes la semilla de la fe, y los sacramentos que distribuyen engendrarán en la comunidad sacerdotal y real que en el culto realice un encuentro continuado por Cristo con el Padre.

4.6 La eclesialidad del matrimonio

San Pablo, en su famoso texto a los Efesios, nos da una clara y bella referencia del sacramento del matrimonio, en el misterio nupcial de la Iglesia (cf. Ef 5, 25-27). El signo de la entrega de la Iglesia a Cristo Esposo aparece dentro del ser histórico del matrimonio cristiano. El amor nupcial de Cristo y de la Iglesia llega a patentizarse, a sacramentalizarse en el matrimonio. Los desposorios se plenifican en esa referencia al misterio eclesial. Ellos son traducción del amor admirable y exquisito de Cristo por su Esposa en la dimensión y realización del connubio cristiano. Cristo usa también el simbolismo nupcial para anunciar la llegada del Reino. Cristo se da a sí mismo el nombre de esposo.

El sacramento les configura al Cristo Esposo, al Verbo unido a nuestra carne. Su sociedad ha de fundar el santuario del hogar, donde el

padre y la madre sean los sacerdotes de la nueva comunidad cristiana, que ha de nacer de su unión. Por medio de ellos crecerá el Reino de Cristo en el mundo, y se patentizará el amor ardiente y fiel de Cristo a la Iglesia, pues ésta es carne del marido. Así, podemos decir con certeza que lo único que plenifica al ser humano y lo hace trascender verdaderamente es el amor. Un amor personal, en acción donadora, en pro de la construcción del Reino y de una sociedad más justa, derribando todas las estructuras inhumanas.

4.7 La Unción de los Enfermos

Por el sacramento de la Unción sagrada, la persona enferma es fortalecida con el vigor del óleo consagrado. Ese vigor le justifica en la fe y la esperanza para el definitivo encuentro con el Señor, y si es voluntad divina, le alivia incluso en su dolor físico y le ayuda a reincorporarse a la tarea de la Iglesia. La Iglesia acude alegre y confiada al lecho del miembro enfermo, intenta fortalecerlo en la gracia y prepararlo, si es voluntad de Dios, para su ida hacia la Iglesia del Triunfo. Este sacramento lleva una gran esperanza escatológica. La Iglesia de acá le acompaña con cariño y esperanza. Esto no quiere decir que sea un sacramento para moribundos, sino para enfermos, los cuales son llevados a un encuentro más personal con aquel que los ha amado desde siempre.

4.8 Los sacramentos y el universo

Una profundización de la teología de los sacramentos y de los sacramentales conduce, como decíamos, a una visión de gracia del mismo universo, como germen de salud redentora para el hombre. Los sacramentos asumen la realidad sensible del cosmos, y lo asumen para ser medio instrumental de la eficacia salvífica. El contenido histórico de los sacramentos nos llega en esas admirables prestaciones del universo, que sirven para sublimar, hacer sagrado, al mundo a categoría del “medio de gracia” para el hombre. La teología moderna se desarrolla por este camino en referente al camino cristiano del universo. Por ejemplo, san Ireneo ve en la Eucaristía el punto supremo de comunión entre el universo y la gracia.

5. FE PERSONAL Y SACRAMENTOS

En este apartado se han de ver el aspecto personalista de los sacramentos, en cuanto contenidos de salud acogidos por la persona, a través de la fe. La reciente apertura de la teología católica hacia una línea más ecuménica ha sido causa de una visión más real del sacramentalismo, sobre todo en su aspecto personalista. Es conocida la importancia que tiene la fe en la teología sacramental.

La fe se expresa en toda la dimensión externa de la liturgia, ya que el culto se compone de signos, de palabras y de gestos, y toda su acción es solamente profesión de fe. La Palabra que acompaña al sacramento opera en la fe. A esa Palabra de la Iglesia se responde con la actitud personal de una fe dispuesta: “la respuesta del cristiano es la fe”. Exprese o no exteriormente, esta respuesta ha de ser suscitada. Esta respuesta logra su expresión litúrgica más impresionante en las liturgias orientales, en que los fieles han de responder con un *amén* verdaderamente convencido.

San Buenaventura, fraile Menor, expresa acertadamente esa necesidad de la fe en el momento de acercarse al baño regenerador del bautismo: “La fuerza que nos restablece es la fuerza de la Santísima Trinidad, que nuestra Santa Madre la Iglesia cree de corazón, confiesa de palabra y da a conocer en signos, defendiendo la diversidad y la singularidad, el orden y el origen natural de las Tres Personas. Es también la fuerza de la pasión de Cristo, que murió, fue sepultado y que resucitó al tercer día. Y para expresar esto en el primero de los sacramentos, en el que aquella fuerza eficaz por vez primera fundamentalmente debe ser invocada la Trinidad expresamente según la fórmula usada comúnmente. También al bautizar debe ser pronunciado propia y ordenadamente a la vez que se hacen las tres inmersiones, para significar la muerte de Cristo, su sepultura y su resurrección después de los tres días”⁹.

⁹ S. BUENAVENTURA, *Breveloquium* VI, 7, 3.

6. EL SACRAMENTO, SIGNO EFICAZ DEL MISTERIO DE CRISTO

Todo sacramento conlleva el fruto salvífico de la gracia, que es una participación en la obra redentora de la humanidad de Cristo. Por eso los sacramentos son causas y signos. De ahí la afirmación de que ellos causan aquello que significan. Los sacramentos corporales, mediante la operación propia que ejercen sobre el cuerpo que tocan, realizan, por virtud divina, una operación instrumental sobre el alma. En los sacramentos lo sensible está en función del don interno de la gracia, que es una participación con el contenido salvífico de la humanidad pascual de Cristo. Ellos causan nuestra santificación. A la significación se le añade y junta la eficiencia. El signo eficaz es como forma visible de una gracia invisible. Los sacramentos santifican significando la gracia por formas corpóreas y sensibles. Tras esa corporeidad se vela y se transmite la fuerza del Misterio pascual de nuestra Redención. De ahí que cobra nueva perspectiva.

7. VISIÓN ESCATOLÓGICA Y COSMICA DE LOS SACRAMENTOS

Los sacramentos, dones velados del ministerio redentor de Cristo, son promesa de la gloria futura. En todos los sacramentos hallamos ese carácter prefigurativo del futuro. Especialmente la Eucaristía es “prenda de la gloria venidera”¹⁰. Los sacramentos, cada uno a su manera, van desembocando hacia la manifestación de lo futuro. Por tanto el sacramento es, a la vez, signo conmemorativo de la pasión de Cristo, que ya pasó; signo manifestativo de la gracia, que se produce en nosotros mediante la pasión y anuncio y prenda de la gloria futura.

Los sacramentos son energías que mantienen indefectible al cristiano para que llegue a la gloria. Se pasa de la *Kenosis* a la gloria del Señor pascual. “Nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos

¹⁰ BREVIARIO ROMANO, Antífona *O Sacrum Convivium* en la fiesta de Corpus Christi.

dentro de nosotros mismos suspirando por la adopción, por la redención de nuestro cuerpo” (Rom 8, 23).

7.1 Efectos diferenciados

El efecto común y primordial de todos los sacramentos en su gracia divina santificante es la relación de amor y amistad con Dios en Cristo con la fuerza del Espíritu Santo. Pero al significar cada sacramento la asistencia divina en una determinada circunstancia de la vida del hombre, la gracia adquiere connotaciones especiales.

El Bautismo y la penitencia, por ejemplo, introducen al hombre en la amistad con Dios desde el alejamiento del pecado, causan lo que es gracia primera, por lo que se les denomina *de muertos*. En los demás sacramentos, la gracia que ya se posee, se acrecienta y fortalece. Se les llama sacramentos *de vivos*, los cuales, preparan al hombre trascendiéndolos a una vida mas plena, invitándolos a desear unirse algún día a la verdad última de Dios, uno con Él.

La gracia especial de cada sacramento, dice Buenaventura, es esencialmente la misma gracia santificante connotando diversos efectos en relación con las virtudes¹¹. Lo mismo sostiene Escoto. Así pues, tal marca configura, dice Escoto, los signos sensibles de los sacramentos, configuran la voluntad, que es donde reside la gracia con la caridad. Los maestros franciscanos (Alejandro de Hales, Buenaventura, Escoto, etc.) ven en ellos una disposición habitual y perenne para la gracia santificante, en especial los que imprimen carácter (bautismo y orden sacerdotal), lo cual exige al hombre su pronta recuperación cuando se pierda.

7.2 Los sacramentos y el Reino último

Al hacer un estudio consciente acerca de la gracia sacramental o de los dones sacramentales podemos ver que los sacramentos son signos de un mundo en transición. Para recibirlos es preciso tener la fe, porque aún no se posee la realidad desvelada, sino en símbolos y en la envoltura de imágenes sensibles. Los signos desaparecerán una vez que Cristo se

¹¹ S. BUENAVENTURA, *IV Sent.* d. 1 p. 1 q. 6 concl. (IV 28^a).

manifieste a nosotros en su perfecta epifanía. Entonces ya no existirán los sacramentos.

La esperanza y la fe nos conducen en el sacramento al futuro, poseído ya en el presente, pero en velos. El símbolo nos aproxima a lo definitivo. La constitución litúrgica, al referirse a las correlaciones que existen entre la liturgia terrestre y celeste, nos dice: “En la liturgia terrena pregustamos y tomamos parte en aquella liturgia celestial que celebra en la ciudad santa de Jerusalén, hacia la cual nos dirigimos como peregrinos y donde está Cristo a la derecha de Dios como ministro del santuario y del tabernáculo verdadero; cantamos al Señor el himno de la gloria con todo el ejercito celestial: venerando la memoria de los santos, esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía; aguardamos a nuestro Salvador, hasta que se manifieste él en nuestra vida, y nosotros nos manifestamos también gloriosos con él” (SC 8). Así, los sacramentos nos mantienen en la esperanza del Señor, porque aguardamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste.

Los sacramentos plenifican el tiempo y relacionan el pasado con el presente en la fuerza del misterio actualizador de Cristo. En ese presente de plenitud se nos garantiza la posesión epifánica del Señor en el definitivo banquete del Reino. La Iglesia, Nuevo Israel, va avanzando junto con toda la creación hacia la unidad celeste donde vive el Esposo. Junto a la Iglesia de los signos, va completándose la Iglesia manifiesta del Cordero. Nosotros estamos sometidos a la pedagogía de los signos y de las imágenes. Pero cuando el hombre quede transformado, junto con la creación entera, no necesitará los medios velados y sensibles. Entonces él los llenará y elevará plenamente. Los sacramentos son anuncios de esa historia que avanza hacia la plena manifestación del Señor.

7.3 La escatología en la Sagrada Escritura

En ningún documento de la Iglesia aparece tan claro como en la *Lumen Gentium* el aspecto escatológico de la Iglesia sacramental. Desde una base bíblica, todo el capítulo séptimo de la Constitución nos recuerda el progreso de la Iglesia hasta el momento del definitivo encuentro, el hombre y la creación, con su hacedor.

Según la carta a los Colosenses, las cosas alcanzan en Cristo su unidad cósmica y celeste: “Y por el reconciliar consigo, pacificando por la sangre de su cruz todas las cosas, alcanzan su plenitud, así las de la tierra como las del cielo” (Col 1, 20). La perfecta unión, desde luego, se consumará cuando venga el Señor: “Pero nosotros esperamos otros cielos nuevos y otra tierra nueva, en que tienen su morada la justicia, según la promesa del Señor”. (2Pe 3, 13). Cristo conduce a los suyos a la perfección de su gracia. El Cristiano y la creación junto a él ya esta viviendo los últimos tiempos (2Cor 6, 1). La Iglesia sacramental realiza esa plenitud en los signos de la fe. Mientras, “gemimos dentro de nosotros para quienes he llegado la plenitud de los tiempos” (1Cor 10, 11). La Iglesia sacramental realiza esa plenitud en los signos de la fe. Somos llamados hijos de Dios y lo somos de verdad; pero todavía no hemos sido manifestados con Cristo en aquella gloria (Col 3, 4), en lo que seremos semejantes a Dios, porque lo veremos tal cual es (1Jn 3, 2). Por eso ponemos toda nuestra voluntad en agradar al Señor en todo (2Cor 5,9) y nos revestimos de la armadura de Dios para permanecer firmes contra las asechanzas del demonio y poder resucitar en el día malo (LG 48). La doctrina conciliar manifiesta la tensión del cristiano y de la Iglesia, que permanece lejos del Señor, aunque gozando ya como en primicias y en velo de su presencia.

Por los sacramentos hemos de sumergirnos más y más en esa esperanza de la gloria futura, ser de los elegidos de las bodas definitivas, vivir de la esperanza de la glorificación, por que un día se transfigurará nuestro pobre cuerpo en un cuerpo glorioso semejante al suyo (Flp 3, 21). Pasados los signos, testimonio de la Iglesia no consumada¹², llegaremos a la plenitud de Dios.

Por los sacramentos, sin duda, realizamos el encuentro salvífico más eficaz que podemos realizar en la economía presente. El *Opus operantum* (obra redentora), es la salud real otorgada a nosotros en forma *teándrica*. En el sacramento el Misterio se nos aproxima, se nos presencializa, y quedamos justificados en la energía pascual de Cristo, comunicada por él. El da en el hoy del hombre la Redención, y la conecta con la

¹² Afirma santo Tomas, “El estado de la ley nueva es intermedio en el estado de la ley antigua... y el de la gloria, en que se manifestará la verdad al descubierto y perfectamente; por eso entonces ya no habrá sacramentos”. S. Th. III, q. 61, a. 4, ad 1.

individualidad del hombre. Ese *Opus operatum* nos llega en relación con la sacramentalidad de la Iglesia. El misterio nos toca en su grandeza. Por tanto, disponernos dejando aún lado aquellas cosas, situaciones que no nos permiten acceder a tales misterios y dones redentores, es nuestra tarea, con el fin de gozar de aquello que se nos ha prometido. Es sencillo, sólo es querer acceder a los sacramentos de la humanidad de Cristo, que plenifican y tienden al hombre a una perspectiva reparadora de la vida divina, pues es la vocación humana: la libertad de los hijos de Dios.

